



Gregorio Marañón, 1887-1960. Medicina, jerarquía, libertad

*Gregorio Marañón, 1887-1960.
Medicine, hierarchy, freedom*

■ Santiago Prieto*

■ Al morir Alfonso XII por tuberculosis en noviembre de 1885, su segunda esposa doña María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1929) estaba gestante del que sería Alfonso XIII (1886-1941). Mujer ejemplar, juró ante las Cortes el cargo de Regente del Reino el 26 de noviembre de 1886, papel que ejerció hasta el 17 de mayo de 1902, momento en que su hijo subió al Trono. Esos años vieron, por un lado, la pérdida de las últimas colonias del viejo Imperio Español (Puerto Rico, Filipinas y Cuba), en 1898; y, por otro, la componenda del “Pacto del Pardo” por el que Cánovas y Sagasta acordaron la alternancia de liberales y conservadores en el ejercicio del poder político que, si bien permitió la estabilidad de la Restauración de la Monarquía, también fue el preludio del descrédito de ambos partidos.

Infancia, educación

Marañón nació el 19 de mayo de 1887 en la calle de Saturnino Olózaga de Madrid, cerca de la Puerta de Alcalá. Su padre, Manuel Pérez Marañón y Gómez Acebo, abogado oriundo de Santander y dueño de una excelente y leída biblioteca, era miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y consejero del Banco de España. Su madre, Carmen Posadillo Vernacci, hija de un magistrado del Tribunal Supremo, tuvo otros seis hijos y falleció por complicaciones del último parto, cuando Gregorio tenía tres años. Estas numerosas gestaciones y la pérdida precoz de la madre es probable que inspiraran alguna de las páginas sobre eugenesia que escribirá y quizá influyeron en su prolongada timidez.

Marañón padre encajó el golpe con estoicismo y decidió ir a vivir un tiempo con sus hijos al domicilio de la familia política en la calle de Lista, donde la

* El autor es médico.



Figura 1. Gregorio Marañón en su biblioteca, c.1925 (cortesía de la Fundación G. Marañón).

abuela Guadalupe y la tía María se esforzaron en suplir a la madre en el afecto de los niños. Pasaban los veranos en Santander, donde poseían una casa cerca del mar a la que acudían con frecuencia sus amigos José María de Pereda (1833-1915), Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) y Benito Pérez Galdós (1843-1920), éste acompañado de su sobrino, y a la vez protector, el ingeniero José Hurtado de Mendoza.

Allí, Gregorio no sólo gozó de la naturaleza con sus hermanos; también “devoró” las colecciones de “La Ilustración Española y Americana”, “El museo Universal” y “La Abeja Montañesa”, que despertaron su interés por el siglo XIX; y, algo aún más importante, aprendió de aquellos hombres el valor de la conversación de altura, del saber escuchar y el respeto por las ideas ajenas. Así, ante Manuel y Gregorio Marañón, el tradicionalista Pereda, cántabro como el sabio y conservador Menéndez Pelayo, solían discrepar con el gran canario Galdós, grande en lo físico y en lo literario, librepensador, anticlerical y republicano (lo que no le impedía ser un confeso admirador de la Reina María Cristina), pero escuchando todos cada pensamiento ajeno con el noble esfuerzo de entenderlo y el afán por comprenderse. Unas lecciones de aquéllos que “eran grandes maestros porque no se proponían dar lecciones a los demás” y que el niño no dejó escapar.

Ejemplo de su timidez fue la ansiedad que le impidió presentarse al examen de ingreso en bachillerato en junio de 1897; prueba que superó en septiembre en el Instituto de Santander yendo de la mano de su padre y de Menéndez Pelayo hasta el aula, y gracias a la benevolencia del Tribunal, como más de una vez recordó (“mi timidez, que entonces era mucha y que tardé largos años en vencer a fuerza de voluntad”).

Estudió bachillerato en Madrid, en el colegio San Miguel, que no era ni laico ni religioso, lo que pudo facilitarle la firmeza de sus creencias religiosas y la perenne ecuanimidad en tan íntimo terreno. Tuvo como compañero a quien fue su futuro cuñado, Miguel Moya, hijo del homónimo director del diario *El Liberal* y presidente de la Sociedad Editorial de España. Fue un período en que empezó a demostrar cómo podía aprovechar el tiempo, ya que, además de estudiar en serio y aplicarse en los idiomas, jugaba al fútbol y disfrutaba de la biblioteca de su padre. Allí leyó la *Historia de Roma*, del Nobel alemán Theodor Mommsen (1817-1903); las novelas de Pereda y las primeras ediciones de los *Episodios Nacionales*; el *Quijote*, el *Fausto*, el *Emilio* y *La Divina Comedia*; la obra de Plutarco, Cicerón y Séneca; la poesía de Virgilio, Fray Luis y Garcilaso; las *Tragedias* de Shakespeare, los *Ensayos* de Montaigne (en francés), los textos de Erasmo, Descartes y Voltaire, las novelas de Balzac, Dumas y Zola, y las *Reglas y consejos sobre investigación científica*, que Cajal había publicado en 1898.

Universidad

Obtuvo con brillantez el grado de Bachiller en 1902 y, después de más de una duda, se inscribió en el Preparatorio de Medicina, licenciatura que comenzó en la Facultad de la calle de Atocha en el curso 1903-04. Años más tarde desta-

caría entre los profesores a Cajal (protagonista de algunas de sus mejores páginas y que le calificó con “notable” en Histología); Federico Olóriz (que le dirigió en sus “Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo en el hombre”, labor realizada sobre 180 autopsias y premiada por la Real Academia de Medicina con 2.500 pesetas y el nombramiento, en 1908, de miembro correspondiente de la misma); a Juan Madinaveitia (“el santo rebelde”, que “empezó a desnudar a los enfermos, a hacerles una exploración detenida y a valorar los síntomas...”); Manuel Alonso Sañudo (“un gran clínico”) y a Alejandro San Martín (políglota y meticuloso cirujano, “la más clara cabeza de cuantos han ilustrado el profesorado de San Carlos”). Precisamente, una de las vivencias imborrables de su paso por la Facultad fue, en noviembre de 1908, velar el cadáver de San Martín y colaborar como ayudante de Anatomía en su autopsia, realizada por su expreso deseo ante los estudiantes en el Gran Anfiteatro.

Era aficionado a la ópera (contribuyó a la fundación de la Sociedad Wagneriana de Madrid), acudía a conferencias en el Ateneo y con frecuencia iba a estudiar a la casa de su amigo Miguel Moya, en lo que quizá influía la presencia de la hermana de éste, Dolores, ya que en los últimos cursos formalizaron su noviazgo y sería la mujer de su vida.



Figura 2. Marañón con Fleming en el cigarral. En su viaje por España, Alexander Fleming visitó el cigarral a finales de mayo de 1948. En su diario escribió: “Toledo. Greco, Goya. En automóvil a casa de Marañón. Vista de Toledo. Espléndida casa y encantadora familia. Almuerzo al aire libre...” (cortesía de la Fundación G. Marañón).

Hospital General. Primeros ensayos. *Manual de Medicina interna*

Acabó la carrera en junio de 1909 y, sin haber sido un coleccionista de grandes notas, lo hizo con premio extraordinario de Licenciatura. Mientras preparaba las asignaturas del Doctorado publicaba dos artículos sobre la enfermedad de Addison y, pensionado por el Ministerio de Instrucción Pública, en enero de 1910 viajaba a Fráncfort. Allí trabajó con Paul Ehrlich (1854-1915), quien en 1906 había fundado la quimioterapia farmacológica con el *Salvarsán*, un derivado del arsénico que fue la primera sustancia eficaz contra una bacteria, el treponema causante de la sífilis.

A la vuelta publicaba *Quemoterapia moderna según Ehrlich. Tratamiento de la sífilis por el 606*, y en enero de 1911 leía su tesis doctoral: *La sangre en los estados tiroideos*. En mayo ganó la oposición al Cuerpo Médico de la Beneficencia Provincial, en el Hospital General de Madrid, hoy Centro de Arte Reina Sofía. Al obtener el número uno en tal oposición y haber vacantes, se incorporó directamente como profesor, lo que le evitó tener que hacer guardias. Siempre fue enemigo de las oposiciones y años después escribió: "... de ahí mi odio a las oposiciones, porque fui el ejemplo viviente de cómo se pueden hacer unas oposiciones y ganarlas brillantemente sin saber más que teorías... Yo insisto en que el raquitismo de la ciencia española se debe principalmente a las oposiciones".

Se casó con Dolores Moya en julio de 1911 y fueron a vivir a la calle Marqués de Villamejor, donde puso su consulta. Con 24 años, solicitó el puesto de jefe de las salas de infecciosos, durante años vacante porque nadie lo quería. Aquellas salas abuhardilladas ("mal llamadas salas, porque no eran más que pasillos con techos tan bajos..."), ubicadas en el último piso del Hospital, témpanos en invierno y cocederos en verano, acogían a los enfermos de fiebre tifoidea, tuberculosis, tifus exantemático, meningitis y quién sabe cuántas otras patologías infecciosas. Se rebeló contra ello e, inicialmente sin colaboradores, empezó por hacer historias clínicas, inexistentes en aquellos desdichados, a la vez que publicaba artículos en *El Liberal* exponiendo lo que allí había. ("Hice una campaña juvenil, y por genuinamente juvenil, violenta..."). Artículos, no incluidos en sus Obras Completas, que no agradaron a los burócratas y políticos de la Diputación, por los que le abrieron dos expedientes disciplinarios. Salió airoso de ambos "probablemente porque mi buen padre era entonces diputado".

Pero, además de con su brío, contó con la ayuda de una mujer infatigable, sor Ventura Pujadas, superiora de las Hermanas de la Caridad, que gestionaba los fondos donados por la aristocrática "Junta de Damas". Merced a ellos no sólo se mejoró la dotación de las salas, sino que se pudo levantar en el jardín un edificio de tres plantas pegado al del Hospital, que fue pabellón de infecciosos durante doce años y base del futuro Instituto de Patología Médica. (En 1924 se construiría, bajo la dirección de Marañón, el Hospital del Rey, u Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas, donde irían aquellos enfermos).

Marañón se orientó pronto y sin titubeos. Se deduce de sus escritos que madrugaba y que muy probablemente antes de las cinco de la mañana ya estaba en activo. Leía de todo porque tenía curiosidad por todo. Viajaba y conocía cada rincón de España.

Acudía al Hospital a diario, pasaba visita, atendía las dudas de los colaboradores y publicaba páginas sobre temas de actualidad en *El Liberal*, inspiradas en la idea de “no ser inmune a lo que no es justo”; escribía artículos en las revistas médicas y ganaba una fama que llenó su consulta vespertina de una selecta clientela. Tenía un tacto especial con el paciente, mezcla de respeto, comprensión y afecto. Como escribió Rof Carballo, uno de sus discípulos dilectos: “Marañón tenía a la cabecera del enfermo un don poco frecuente: el de inspirar confianza plena y absoluta en brevísimas palabras, con ademán sucinto. Tras esa misteriosa influencia había un secreto que su gran prestigio no bastaba a explicar. Quizá fuese su gran bondad”.

A principios de 1915 dio una serie de conferencias sobre sexualidad en el Ateneo, y en la que tituló *El sexo, la vida sexual y la doctrina de las secreciones internas* apuntó la relación directa entre hormonas, diferenciación sexual y vida sexual, algo tan original como osado en el momento. Al afirmar que “la diferenciación sexual juega un papel esencial en todas las esferas de la vida humana”, y que “...A despecho de todo, la vida del hombre gira durante muchos años en torno a momentos sexuales. Aún las cosas que más apartadas parecen de la esfera sexual reciben desde lejos su influencia, y, más o menos indirectamente, obedecen a ella. Los historiadores y sociólogos saben hasta qué punto ha influido en la humanidad el oscuro sentimiento del sexo”, abrió una habitación mal ventilada, rebosante de ñoñería, ignorancia y miedo.

Y en cada una de las numerosas ocasiones, en artículos, conferencias y libros en que después trató el tema de la sexualidad —desde el feminismo a la planificación familiar y la eugenesia; desde los trastornos sexuales debidos a alteraciones hormonales, a los estados de confusión sexual y la homosexualidad; o desde el donjuanismo a la intersexualidad y las denominadas perversiones sexuales— lo hizo adelantándose a su tiempo, desde una perspectiva científica que no impidió la polémica ni le evitó más de una crítica acerba.

En 1916 dirigió con otro gran clínico, Teófilo Hernando (1881-1975), el primer tomo del *Manual de Medicina Interna*, primer tratado de la especialidad editado en nuestro país, escrito por médicos “conocedores de los temas, amigos y no amigos, sin ninguna exclusión por ideas políticas” y que no llegó a completarse por los retrasos de algunos de los autores. Allí escribió, con Hernando, los capítulos sobre *Glándulas de secreción interna (Endocrinología)*.

Dos años después debutó en el mundo de la política al estampar su firma, junto con la de Unamuno, Américo Castro y el neurólogo Luis Simarro, en el Manifiesto de la Unión Democrática Española (UDE), fundada por Manuel Azaña.

Mientras tanto nacieron sus hijos: María del Carmen (1912), Gregorio (1914), María Belén (1915) y María Luisa (1918). Precisamente, poco después de nacer ésta última, en septiembre de 1918 se produjo en España una epidemia de gripe y la Dirección de Sanidad envió a Marañón, junto con el epidemiólogo

Antonio Ruiz Falcó y Gustavo Pittaluga, del Instituto de Higiene “Alfonso XIII”, a estudiar la situación en Francia. Tras observar los abarrotados hospitales de París, se trasladaron a Reims (donde trabajaron con Joseph Babinski y Harvey Cushing); y, a continuación, poco antes de que en noviembre finalizara la Primera Guerra Mundial, a Boulogne-sur-Mer, donde conocieron a Alexander Fleming. En su informe constataron que tanto las formas clínicas de la gripe que allí vieron, como la mortalidad, eran similares a las observadas en nuestro país.

A la vuelta, Marañón publicó en 1919 *La edad crítica* (donde explicó por qué el climaterio es la “edad crítica” en la mujer, mientras que en el varón lo es la adolescencia, por la frecuentemente aún incompleta diferenciación sexual); y *Climaterio de la mujer y del hombre*, ensayo en el que desmenuzó las características morfológicas y psicológicas del climaterio femenino, a la vez que demostró su base pluriendocrina.

Todo lo redondeó en 1926 con sus *Ensayos sobre la vida sexual*, que hasta 1951 alcanzó ocho ediciones, con un enjundioso prólogo: “La actitud de la sociedad ante este problema es singular. De una parte, la pedagogía sexual se dirige a sofocar las manifestaciones del instinto como si se tratara de un incendio amenazador y no de la fuente eterna de la vida; los médicos nos pintan los peligros que conjuran sobre la salud las anormalidades de la función sexual y las infecciones que nacen a la sombra de su comercio; y los moralistas nos encarecen los abismos de degradación que se ocultan tras las alegrías del amor...”. En estos *Ensayos* tocó temas como “sexo, lujo y desigualdad social”, “la gloria, el dinero y el sexo”, “trabajo y feminismo”, “cultura y maternidad”, o “amor, conveniencia y eugenesia”, que si ayer fueron discutidos hoy son tan políticamente incorrectos como ejemplo de sensatez. Obras que fueron traducidas al francés y al inglés, y la última también al alemán por Keyserling.

Sin olvidar que, junto a estos ensayos, en 1920 publicó sus investigaciones sobre la adrenalina y agudas observaciones clínicas sobre diabetes insípida y obesidad, o la base endocrina de la emoción, y que en 1921 describía el significado de la que él había denominado “mano hipogenital”.

El cigarral de Menores. Viaje a las Hurdes

Marañón, que había conocido Toledo muy joven gracias a Galdós, escribía el 14 de marzo de 1921 a su amigo Ignacio Zuloaga: “He comprado un cigarral en Toledo. El más bonito de los que hay por allí, con muchas flores y olivos y un pequeño conventito que voy a arreglar muy bien para vivir allí algunas temporadas. La vista de Toledo es formidable...”. Este lugar, antiguo lugar de retiro para clérigos, jugó un papel crucial en su vida íntima, en su proyección pública (hasta 1936 pasó por el cigarral lo más granado de la cultura, la ciencia y la política) y en su obra, ya que entre sus paredes escribió buena parte de ella.

Mil novecientos veintidós fue un año clave. En marzo fue nombrado miembro electo de la Real Academia de Medicina (de la que era correspondiente desde antes de licenciarse), titulando su discurso de ingreso *Problemas actuales de la*

doctrina de las secreciones internas. Además, conecador de la alta incidencia allí de hipotiroidismo, en abril visitó las Hurdes, en el norte de Cáceres. Durante una semana, en compañía del antropólogo Hoyos Sanz y los doctores Goyanes, Bardají y Ortega, recorrió a caballo una tierra y conoció unas gentes que le marcaron. En las notas de viaje, inéditas hasta 1993 en que se editó su facsímil con comentarios de Cela, entre otras muchas perlas, puede leerse: “Rubiaco: ...unos habitantes raquíuticos, anémicos, en horroroso estado de nutrición. Bocios y, sobre todo, caquexia palúdica. Martilandrán: ...miseria, anemia, bocio, cretinismo. Espectáculo horrendo... El 25% tiene bocio... Yo creo que no han muerto por los ‘pilos’ (expósitos) que renuevan la sangre... Se ven casos de cretinismo con enanismo de origen hipotiroideo y síndromes de esclerosis glandulares múltiples...”.

La *Memoria sobre el estado sanitario de las Hurdes*, escrita a instancias del Gobierno, fue un aldabonazo en la conciencia del Rey.

Alfonso XIII había apuntado en enero de 1902: “... me encuentro un país quebrantado por nuestras pasadas guerras, que anhela por un alguien que lo saque de esa situación. Pendiente de la reforma social a favor de las clases necesitadas, el Ejército con una organización atrasada a los adelantos moder-

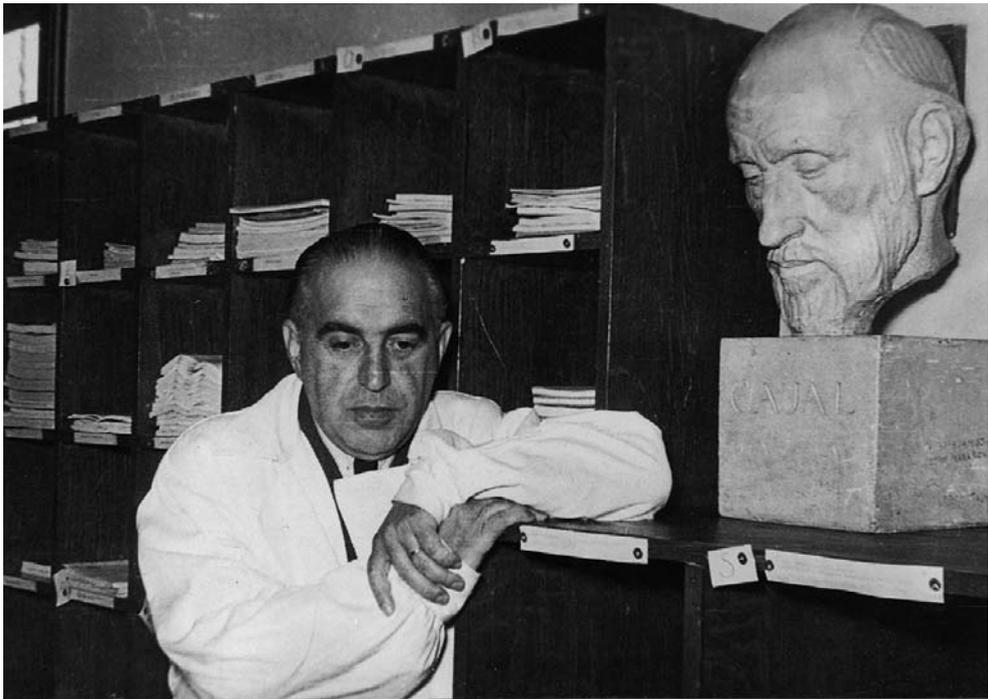


Figura 3. Marañón con el busto de Cajal, obra de Victorio Macho, c. 1955 (cortesía de la Fundación G. Marañón).

nos, la Marina sin barcos, la bandera ultrajada, los gobernadores y alcaldes que no cumplen las leyes... Yo espero reinar en España como Rey justo...". Lo intentó, y en junio de 1922 marchó la comitiva por carretera hacia Cáceres con Marañón de asesor. Llegaron cabalgando hasta las aldeas más retiradas, viendo cómo sobrevivían los hurdanos y un día, al salir de una casa miserable, el Rey le comentó en voz baja: "Esto es horroroso. Ya no puedo ver nada más". (De ese viaje resultó la creación del Patronato de las Hurdes, en el que estaban, entre otros, junto a Alfonso XIII y Marañón, el obispo de Coria y el Ministro de Sanidad. Un Patronato que sirvió para crear las infraestructuras que, poco a poco, mejoraron la vida en aquella olvidada región de España).

Dictadura de Primo de Rivera

En junio de 1921, las tribus del Rif, dirigidas por Abd-el-Krim, derrotaron tras varios errores tácticos a las tropas españolas en el "Desastre de Annual", cayendo así la Comandancia Militar de Melilla. El escándalo por la probable responsabilidad de ciertos gerifaltes del Ministerio de la Guerra, e incluso del propio Rey por haber sugerido el nombramiento de algunos de ellos, dio lugar a una comisión parlamentaria de investigación, el "Expediente Picasso". Éste no llegó a ver la luz pues en septiembre de 1923 el Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, se levantó, con la disculpa de los frecuentes desórdenes públicos, contra el Gobierno de Antonio Maura. El Rey contemporizó con el sublevado y no tardó en encargarle la formación de un nuevo gabinete. El llamado Directorio, inicialmente Militar y desde 1925 Civil, suspendió la Constitución, estableció la censura de prensa, prohibió las lenguas catalana y vasca y persiguió a los intelectuales críticos.

Aunque el Desembarco de Alhucemas el 8 de septiembre de 1925 significó el comienzo de la victoria en la Guerra del Rif y que, junto a algunos éxitos económicos la Dictadura no fue sanguinaria, terminó cayendo tras casi siete años en enero de 1930.

Por otra parte, Marañón, Bernardo Houssay en Buenos Aires, Roberto Novoa Santos en Santiago de Compostela y Augusto Pi y Suñer en Barcelona, fundaron en 1924 los *Archivos de Endocrinología y Nutrición*, revista destinada a dar a la luz las investigaciones en ese campo y que sólo tuvo cuatro años de vida.

Marañón, que ya había trasladado su domicilio y la consulta al número 63 de la calle de Serrano, se enfrentó muy pronto al Directorio, al igual que Ortega (1883-1955) y Unamuno (1864-1936), y en 1925 se opuso a las órdenes del Ministro de Gobernación sobre la organización del Hospital del Rey, dimitiendo de su dirección antes de que fuera inaugurado ("Yo no soy un político. Nunca he ocupado un cargo ni aspiro a ocuparlo..."). Los enfermos infecciosos fueron trasladados allí desde el Hospital General y el Departamento de Enfermedades Infecciosas del Hospital General pasó a llamarse Pabellón de Patología Médica y, a partir de 1931, Instituto de Patología Médica.

Tal enfrentamiento ("Para mí todas las dictaduras son calamidades que se abaten sobre los pueblos... El ciudadano sometido a una tutela absoluta, pier-

de rápida y a veces irremediamente la preocupación directa por su país...” condujo a que, acusado sin base de participar en el conato de sublevación conocido como “la sanjuanada” por estar preparado para ese día por algunos militares y políticos como Sánchez Guerra y el Conde de Romanones, se le impusiera una multa de cien mil pesetas y fue encarcelado el 23 de junio de 1926.

Pasó un mes en la cárcel Modelo, cierto es que bajo un régimen laxo, ya que pudo recibir la visita de amigos, colegas, discípulos, algún editor y más de un aristócrata. Exprimió los treinta días, pues, además de leer *Fortunata y Jacinta*, tradujo (“la traducción es ejercicio tradicionalmente adecuado a las inquietudes del desterrado o del preso...”) *El Empecinado visto por un inglés*, de Federico Hardman (“Un inglés que lo recorrió todo, que estudió con cordial minucia nuestros tipos y nuestras costumbres...”) y, además, corrigió las pruebas de *Gordos y Flacos*, un opúsculo que vio la luz nada más recobrar la libertad. Curiosamente, pasado el tiempo, llegó a tener amistad con el Dictador: “... me metió en la cárcel y me puso una multa fiera, y después, un buen día, resultó uno de los más buenos amigos míos... A veces se indigna uno de las cosas que pasan en España; pero cuando uno se deja de indignar se da cuenta de que es una gran humanidad la española...”.

En 1927 publicó varios artículos sobre hipertiroidismo, bocio y cretinismo, y en diciembre, acompañado de su esposa, visitó a Unamuno en Hendaya. Éste, que había estado desterrado en Fuerteventura desde febrero a julio de 1924, se había autoexiliado en Francia y no volvería hasta 1930, una vez derrocada la Dictadura. Se habían conocido en Salamanca y mantenido frecuente correspondencia; el afecto y la admiración eran mutuos y el médico dedicó más tarde al filósofo páginas inolvidables. Siempre recordó aquella clara tarde de invierno en que, con Dolores del brazo y paseando los tres por el claustro de la catedral de Bayona, escuchó al gran bilbaíno recitar de memoria la poesía de nuestros místicos.

Antes de acabar 1927 Marañón viajó a La Habana invitado por los organizadores del Congreso Médico Cubano. Pronunció la lección inaugural sobre *Obesidad hipofisaria* ante una sala abarrotada, y dio varias conferencias sobre *Los estados intersexuales en la especie humana* que tuvieron gran eco en los medios políticos y periodísticos de Cuba.

1930: Presidencia del Ateneo. Endocrinología. Enrique IV de Castilla

Marañón fue nombrado presidente del Ateneo de Madrid en marzo de 1930. Resumió su programa en cinco palabras: “Máxima cultura y máxima libertad” y, ejemplo de su afán integrador, su primera decisión fue organizar en Barcelona un encuentro de escritores de Cataluña y del resto de España como desagravio por el acoso que había sufrido la lengua catalana durante el Directorio. “... El simple hecho biológico de la existencia de una lengua, obra admirable de la naturaleza y de la cultura humana, es siempre algo acreedor al

respeto y a la simpatía de todos los espíritus cultivados...”. El leal encuentro fue un completo éxito.

Además, ese año publicó el compendio *Endocrinología. Enfermedades de las glándulas de secreción interna*, y dio a la imprenta el que fue su debut en el estudio de la Historia de España: *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*. Un ensayo sobre este rey (1425-1474), hermanastro de Isabel la Católica, (1451-1504), del que llegó a la conclusión de que “era un displásico eunucoide con reacción acromegálica”, y cuyo objetivo justificaba: “No he pretendido en este modesto ensayo hacer historia en su sentido estricto... He querido sólo proyectar la luz de los recientes progresos en la fisiopatología del carácter y de los instintos humanos, sobre el espíritu y el cuerpo, todavía identificables en el fondo de sus tumbas, de un rey remoto y de algunos de los que le acompañaron en su paso por la vida”.

1931: Segunda República

Con la Dictadura derogada en enero, y tras múltiples vicisitudes, los partidos antimonárquicos llegaban en agosto de 1930 al llamado “Pacto de San Sebastián”, del que salió el “Comité revolucionario”, germen del “Gobierno provisional” y base del próximo cambio político, al que también contribuyeron algunos escritores.

Así, el 10 de febrero de 1931, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala, publicaron en *El Sol* el artículo *Un manifiesto dirigido a intelectuales*. En él podía leerse: “...El Estado español tradicional llega ahora al grado postrero de su descomposición. No procede ésta de que encontrase frente a sí la hostilidad de fuerzas poderosas, sino que sucumbe corrompido por sus propios vicios sustantivos... No se trata de formar un partido político. No es razón de partir, sino de unificar. Nos proponemos suscitar una amplísima agrupación al servicio de la República... Importa mucho que España cuente pronto con un Estado eficazmente constituido...”. Cuatro días después, en un acto multitudinario en el teatro Juan Bravo de Segovia, se presentaba la “Agrupación al Servicio de la República”, presidida por Antonio Machado, en el que tomó la palabra el poeta, seguido de Pérez de Ayala, Marañón y Ortega. Una Agrupación que, en palabras de Marañón, “fue fundada con el propósito de hacer una obra de educación del pueblo, para adaptarlo al nuevo régimen” y que fue disuelta en octubre de 1932 una vez logrados sus objetivos.

En febrero de 1931, el almirante Juan Bautista Aznar fue nombrado Presidente del que sería último Gobierno de la Monarquía. A pesar de sus esfuerzos de tolerancia, el ambiente de violencia era insoportable, y en marzo convocó las elecciones municipales para el 12 de abril. Marañón, republicano convencido, votó a primera hora en un colegio cerca de su casa en Madrid, e inmediatamente marchó a Toledo, donde, como todos los domingos, pasó el día en el Cigarral, escribiendo.

La victoria de los partidos republicanos en las ciudades significó la caída de Alfonso XIII. Las condiciones del traspaso de poderes se negoció, por deseo del

Rey, en el despacho de Marañón el 14 de abril. Como testigo silencioso asistió a la entrevista entre el conde de Romanones, Ministro de Estado, y Niceto Alcalá Zamora. Quedaba proclamada la Segunda República. El Rey partía al día siguiente hacia el exilio y Alcalá Zamora fue elegido Presidente provisional por las Cortes el 10 de diciembre.

Marañón no aceptó el cargo de embajador en París que se le hizo: "... Puedo ahora, dentro de mi limitación, influir en la formación científica y social de la juventud, en el auge del espíritu investigador y en el perfeccionamiento de la asistencia y la higiene públicas. De este camino, ciertamente monótono, pero sujeto a una preparación de decenios, no debemos salir ahora los que llevamos tanto tiempo andándolo..."

Poco duraron los fastos por el cambio de Régimen. A principios de mayo eran detenidos algunos monárquicos ilustres, la sede de ABC estuvo a punto de ser asaltada por las turbas, y el día 11 se producía la quema de conventos en Madrid y otras ciudades. Sólo Marañón, Ortega y Pérez de Ayala y pocos más osaron criticar sin ambages la barbarie: "... Quemar conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano ni espíritu de avanzada, sino más bien un fetichismo primitivo o criminal que lleva lo mismo a adorar las cosas que a destruirlas..." (El Sol, 14/V/1931).

En julio de ese año y en aplicación de una ley vigente desde 1867, por Orden de la Presidencia del Gobierno se creaba *ad personam* la Cátedra de Endocrinología como disciplina optativa de Doctorado en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense. Por decisión del claustro de la Facultad, la cátedra se adscribió al Instituto de Patología Médica del Hospital Provincial y el día 31 Marañón tomó posesión de la misma.



Figura 4. El Cigarral de Menores (hacia 1950), bautizado por Marañón como Cigarral de los Dolores en honor de su esposa y hoy conocido como Cigarral de Marañón (cortesía de la Fundación G. Marañón).

1931-1936

En estos años mantuvo su actividad en el Hospital General. No descuidó su labor en el Instituto de Patología Médica, dando cursos de Medicina Interna y consiguiendo fondos para dotar los laboratorios y los servicios de radiología e investigación. A la vez, continuó escribiendo prólogos de libros, artículos para periódicos de España y Argentina, dando conferencias en la Academia de Medicina, publicando sus *Once lecciones sobre reumatismo* y artículos sobre la relación entre hipofísis y diabetes con sus colaboradores en el Instituto. Sin olvidar las relaciones sociales, como aquella de organizar en el Cigarral la comida en homenaje a Edouard Herriot, Presidente de Francia en su visita oficial a España en 1932.

Ese año era nombrado Doctor *Honoris Causa* por la Sorbona y publicaba tres artículos esperanzados en *El Socialista* sobre la situación que se abría en nuestro país.

En 1933 fue nombrado miembro de la Academia de la Lengua, tomando posesión el 8 de abril del 34 con un discurso que tituló *Vocación, preparación y ambiente biológico y médico del padre Feijoo*. Tiempo atrás había leído el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* y ese discurso fue la base del libro *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, publicado el mismo año. Ahí destacaba la lucha del ilustre benedictino (1676-1764) contra la superstición y su afán por “sustituir la fe en el absurdo por la fe en las cosas demostrables mediante el raciocinio o la experimentación”. Un hombre que desde su convento de San Vicente en Oviedo, cifraba las causas de la miseria intelectual de España: “en el corto alcance de algunos de nuestros profesores”; “en la preocupación que reina en España contra toda novedad”, y, finalmente, “en la envidia, ignorancia abrigada de hipocresía”. Sin duda, Feijoo, por su lucidez y energía, por su capacidad crítica y afán educador, fue uno de los puntos de referencia ética e intelectual de Marañón.

Asimismo, de 1933 data el conjunto de ensayos *Raíz y decoro de España*, en el que cabe destacar el que tituló *Los deberes olvidados*: “... El afán de acumular derechos ha socavado y sofocado el sentimiento del deber, que es un eje esencial de nuestra vida. Esto es todo. Así como a fuerza de vivir para los deberes, y sólo para ellos, el hombre puede convertirse en un esclavo, así el ansia sin medida de los derechos arranca de raíz el sentimiento del deber y convierte al hombre en un demonio insensible y cruel que sólo acierta a dirimir sus dificultades por la fuerza... El derecho nos viene de fuera como un regalo, y puede, en teoría, sernos repartido por igual. Pero el deber mana de nosotros, de nuestra personalidad... Nada de lo que ocurra en el mundo realizará el sueño de la igualdad, porque nada podrá igualar los deberes de cada ser humano. Y es el deber y no el derecho el que marca las diferencias esenciales y las categorías entre unos hombres y los otros...”. O, el titulado *Elogio de la sabiduría*, en el que, al recordar a Pasteur, Cajal y Claude Bernard, afirmaba: “La ciencia no crece más que en los ambientes austeros” y que “Estudiar con igual aplicación todas las asignaturas con el deseo primordial de obtener notas brillantes es la manera más infalible de no ser nada en este

mundo. Un mal estudiante puede ser, andando el tiempo, un grande hombre. Un estudiante perfecto, uno de esos abonados a la matrícula de honor... casi necesariamente se esfumará en una penumbra intelectual para toda su vida...”.

Marañón dio a la luz en 1932 *Amiel. Un estudio sobre la timidez*, un ensayo sobre Henri Frédéric Amiel (1821-1881), profesor de Estética en la Academia de Ginebra y autor de un *Journal intime*, que había leído en sus años mozos. Fue un individuo por el que tuvo “interés antropológico” (por “su cobardía, su egoísmo, su sexualidad deformada, la habilidad hipócrita y pedante con que jugaba con ventaja en los momentos de pasión... un pensativo, pero no un pensador”) y sobre el que escribió en repetidas ocasiones. Su ensayo fue traducido al francés, lo que le llevó a relacionarse con los estudiosos franceses y suizos del ginebrino.

Pero, a pesar de su vitalidad e incapacidad para el desaliento, aquello que Ortega denominaba “tonalidad ascendente”, el espíritu revolucionario que se vivía en España le afectaba, y en 1933, en el prólogo al libro de Natalio Rivas *Políticos, gobernantes y otras figuras españolas*, decía: “La posición del escritor es especialmente aleccionadora: liberal de siempre —el ‘siempre’ del liberalismo quiere decir ‘siglo XIX’— pero detenido correctamente en el umbral de la ideología liberal: hosco, pues, por razón temperamental y por impulso de las circunstancias, ante los excesos revolucionarios, como ante la rigidez arbitraria de la disciplina fascista: camisa verde, por lo tanto —esperanza sempiterna, liberal; siempre a punto de lograrse, pero siempre incumplida— equidistante de la camisa roja y de la negra...”. Un liberalismo que cada día perdía una batalla.

Al morir Cajal el 17 de octubre de 1934, Marañón escribió la necrológica del maestro en el diario *Ahora*: “No sabrán nunca las gentes, que han oído tantas veces la glorificación de su nombre, lo que representa en la hora actual de España...”.

En 1935 dejaba la Presidencia del Ateneo y daba a las prensas el ensayo *Vocación y ética*: “... reflexiones sobre la preparación del médico, sobre su vocación y su conducta en la sociedad... Vocación es entusiasmo... La vocación nunca es platónica, sino que implica inmediatamente el ‘servir’ al objeto de la vocación... La verdadera misión del maestro, mucho más que enseñar, es buscar la vocación en sus discípulos... cada enfermo debe ser para el médico, además de un problema de humanitarismo, un problema fisiopatológico...”. Y el 12 de mayo contestaba al discurso de recepción en la Real Academia Española de uno de los grandes de la Literatura Española: don Pío Baroja.

El 16 de febrero de 1936 el Frente Popular ganaba las elecciones y en marzo Marañón publicaba *El Conde-Duque de Olivares (La pasión de mandar)*. En este ensayo histórico-psicológico de 500 páginas, 35 apéndices y 521 citas bibliográficas, reivindicaba “la figura del grande y desgraciado ministro de Felipe IV... muy superior a la casi totalidad de los españoles de su tiempo. Fue él el que recogió, por designio inescrutable de Dios, en sus fuertes manos, un mundo que ya estaba deshecho. Su ambición de mandar no le impidió darse cuenta de

que todo se venía abajo, porque él lo vio, y más que lo dijo, lo gritó; y lo sufrió en su alma de gran español...”.

En mayo de 1936, leyó su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, que tituló *Las mujeres y el Conde-Duque de Olivares*. Simultáneamente, publicaba, en colaboración con F. Doménech, *Variations of blood pressure in diseases of the hypophysis*, en el *British Medical Journal* y escribía artículos en la prensa en los que todavía quería creer en un futuro luminoso para la República, pero criticaba la ceguera hipócrita de los políticos y los desmanes de los vengativos e incontrolados. “Cuando el crítico es ecuánime, verdaderamente liberal, las pedradas le llueven por igual de los dos extremos... Lo que no tiene duda es que, a la larga, la gran gloria de España está amasada con la obra de todos esos *antiespañoles*”.

La Guerra Civil estallaba en julio. Marañón fue calificado desde algún periódico como “degenerado mental”, “fascista”, “enemigo del pueblo”, y, en sus propias palabras: “hube de comparecer dos veces ante checas, una de ellas en las tapias de la Casa de Campo y otra vez me llamaron a declarar en el llamado Tribunal Popular...”.

La situación degeneró hasta la locura y el riesgo vital para los hombres de *cultura crítica* era obvio. Aprovechando sus relaciones, aún hizo gestiones para facilitar la huida de Madrid de Fernando Vela, Secretario de la Redacción de la Revista de Occidente, y de Ramón Serrano Súñer, antes de refugiarse en la Legación de Polonia y abandonar la ciudad. La Embajada de Francia le facilitó como pretexto una invitación para dar una conferencia en la Sorbona, y el 20 de diciembre Marañón y Menéndez Pidal, Director de la Real Academia, partieron con sus familias en coche hacia Alicante. Desde allí llegaron a Marsella por barco. Ortega, Pérez de Ayala, Baroja, Azorín, Zubiri, Blas Cabrera, Claudio Sánchez Albornoz, Hernando y tantos otros notables siguieron el mismo destino.

Exilio: 1937-1942

Con el dolor de saber que Unamuno había muerto el 31 de diciembre del 36, Marañón se instaló en París con su familia. Por un permiso especial del Gobierno francés pudo ejercer la Medicina. Pero, llenando cada minuto, ayudaba a otros exiliados, daba conferencias, escribía colaboraciones periodísticas y aprovechaba las tardes en los Archivos Nacionales de Francia, fuente inagotable de información, para trabajar con su mujer. Ésta, que ya antes había colaborado en la labor de descifrado de la inclemente caligrafía de sus manuscritos y de escribirlos a máquina, desempeñó en París una labor esencial. Mujer completa, con nulo afán de protagonismo, siempre estuvo a su lado como catalizador, peto y espaldar.

De aquel tiempo escribirá ya en su ocaso: “Los años que viví allí durante la guerra fueron, creo yo, los fundamentales de mi vida; porque trabajé mucho, libre de obligaciones sociales; porque viví a la fuerza modestísimamente, pero con el encanto de vivir en Francia; porque tuve tiempo, y antes no lo había tenido, de conocerme a mí mismo...”.

En la primavera de 1937 viajó a Uruguay, Argentina, Chile y Brasil. Dio conferencias en las que cada palabra tenía peso específico, como aquélla en Montevideo: "... Mi vida entera es amor a España, servicio de España... Política es adoptar un credo y serle fiel, por lo menos hasta que el jefe lo mande. No puede ser político, quien tenga el compromiso –el que yo tengo– de ser a toda costa leal con su propia conciencia... Yo no aspiro nunca a tener oyentes, sino pensantes que me escuchen...". Y en diciembre publicaba en *La Nación*, de Buenos Aires, el artículo *Liberalismo y comunismo*, que resumía su visión de lo que denominaba Revolución Española: "... las trescientas columnas de humo que subieron al cielo desde todas las ciudades de España, el mismo día y casi la misma hora, en plena paz y sin provocación proporcionada a la bárbara respuesta, y con una técnica admirable y desconocida del pueblo español, demostraron que la organización exótica existía ya y que hacía con ímpetu sus primeros ensayos... El liberal español unía al defecto común a todos los liberales del mundo, a saber: una ceguera de colores, que sólo le permitía ver el antiliberalismo negro, pero no el rojo...".

Ello, a la vez que preparaba tres libros médicos: *Estudios en Endocrinología* (1938), *Estudios de fisiopatología hipofisaria* (en colaboración con Richet, 1940) y *El diagnóstico precoz en Endocrinología* (1940).

En un segundo viaje a América, en 1939, visitó Perú (donde fue nombrado Doctor *honoris causa* por la Facultad de Ciencias de la Universidad de San Antonio), Bolivia y, nuevamente, Argentina, Uruguay y Brasil. Además, en ese año publicaba *Tiberio. Historia de un resentimiento*, un estudio psicológico de ese "pecado capital": "... El resentido es una persona sin generosidad ... un ser mal dotado para el amor; y, por lo tanto, un ser de mediocre calidad moral... es muy típico de estos hombres, no sólo la incapacidad de agradecer, sino la facilidad con que transforman el favor que les hacen los demás en combustibles de su resentimiento...". Y 1939 acababa con su destitución como profesor médico de la Diputación Provincial de Madrid.

En 1940, año en que asistió en compañía de Hernando a la entrada del ejército alemán en París, publicó otros cuatro libros no médicos: *Vida e Historia*, *Don Juan (Ensayos sobre el origen de su leyenda)*, *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, y *Elogio y nostalgia de Toledo*.

Don Juan fue un tema que trató en varias ocasiones, "no por un sentimiento personal" ni porque se encontrara ningún donjuán "que le arrebatara en los años mozos ninguna de sus novias". En este libro desmenuzaba el origen de los "alumbrados" en España, apuntaba cómo el mito debió nacer a la sombra de la iglesia de San Plácido, en la calle del Pez, en Madrid, y explicaba por qué Don Juan era "fundamentalmente un tramposo", ejemplo de "sexualidad indiferenciada" e "incapaz de amar a la mujer".

Elogio y nostalgia de Toledo es historia y emoción, con Garcilaso, El Greco, Galdós, José María de Cossío y el Cigarral como protagonistas. Una obra que dedicó a su hijo Gregorio y que nace en un breve prólogo: "En Toledo, en el retiro de los cigarrales, en su soledad llena de profundas compañías, he sentido muchas veces, durante largos años, esa plenitud maravillosa escondida en lo íntimo de nuestro ser, que no es nada positivo, sino más bien ausencia

de otras cosas; pero una sola de cuyas gotas basta para colmar el resto de la vida, aunque la vida ya no sea buena... La vida sigue y tiene afanes nuevos, que bastan para no frustrarla y hacerla digna. Mas hay cosas que acaban antes que la vida frágil y tienen, sin embargo, apenas pasadas, la dimensión patética de la eternidad. A ellas, como a un madero que flota, nos quisiéramos asir”.

Luis Vives (*Un español fuera de España*), salió de la imprenta en 1941 y en sus páginas más de una vez parece que nos halláramos con el *alter ego* del autor. Unas páginas que rezuman simpatía por el viajero valenciano, gotoso ilustre, emigrado en Brujas. “Me interesa sólo el hombre”, escribía al comienzo. Con qué fruición Marañón se detiene en cada párrafo de los *Diálogos* de Vives: “Es preciso, ante todo, levantarse temprano... El reloj despertador está dispuesto sobre el escaño de la cama para llamarle a las cuatro y permitirle su trabajo fecundo en el frescor de la madrugada... Margarita Valdaura había sido algo más que la compañera de su vida, porque fue la compañera de su vida de emigrado...”.

1942-1960

Marañón y su familia volvieron a España en el otoño de 1942. Tanto su casa de Madrid como el Cigarral habían sido expoliados. Fueron a vivir a la Glorieta de Rubén Darío, con su hija Carmen y su marido, Alejandro Fernández de Araoz, que se ocuparon de restaurar el Cigarral (y a los que dedicó su *Antonio Pérez*), y poco después a un piso en la calle Montalbán. En marzo de 1943 solicitaba “la tramitación del expediente de depuración político-social”, paso necesario para reingresar en el Cuerpo de Beneficencia Provincial, que no se resolvió hasta enero de 1944. Volvía, con 56 años, al Hospital General.

Y siguió trabajando. Escribió más prólogos y publicó nuevos artículos médicos, dentro y fuera de España. Y junto a ellos, el *Manual de Diagnóstico etiológico* (1943), con una sencilla dedicatoria: “A mi mujer”. Mil páginas sobre etiología y diagnóstico diferencial que fue obra de consulta para varias generaciones de médicos: “... En este libro, en el que no hay historias clínicas, yo quisiera enseñar sobre todo a hacerlas, resaltando lo que sirve de base a la eficacia de ellas, es decir, la interrelación de todos los síntomas, cualquiera que sea su cronología en la vida del enfermo, bajo el signo de la preocupación etiológica...”.

En 1945 se trasladaba al que sería su último domicilio, en el Paseo de la Castellana, 59. En 1948 publicaba, con Richet y Rymer, el libro *Pathologie de l'hypophyse*, y en 1953 los 40 capítulos de *El Crecimiento y sus trastornos*.

Si como médico ya había dado lo mejor de su obra, aún publicó otros cinco libros que bastarían para incluirle en la antología de nuestras letras. *Españoles fuera de España* (colección de ensayos escritos entre 1942 y 1948, con un prólogo inolvidable); *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época. Los procesos de Castilla contra Antonio Pérez* (1947), un minucioso repaso a la España de Felipe II, en el que descartaba los presuntos celos del rey por unos hipotéticos amo-

res de Antonio Pérez con aquella insoportable mujer que debió ser la Princesa de Éboli; *Ensayos liberales* (1946), "... El liberalismo es una conducta y, por lo tanto, es mucho más que una política. Y, como tal conducta, no requiere profesiones de fe sino ejercerla, de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir..."

Marañón escribió *Cajal. Su tiempo y el nuestro* (1947) construido sobre su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En él rendía homenaje al maestro, a quien citó más de doscientas veces en sus obras: "... A través de la prueba del tiempo, la obra de Cajal conserva una plenitud y una actualidad rara vez alcanzadas, sobre todo, en las ciencias biológicas... Débese este raro triunfo a que es la suya obra de naturalista, obra de observación directa de los hechos; y los hechos, cuando se han visto y se han descrito exactamente, se incorporan a la eternidad de lo creado... Estoy seguro de que en la era científica contemporánea no se podrá presentar ningún otro ejemplar de esta realización total de una vasta obra y de esta penetración absoluta entre una labor y una vida..."

En 1949 Marañón fundó el Instituto de Endocrinología Experimental (como rama del Consejo Superior de Investigaciones Científicas) que, junto con otros centros de investigación, dio lugar en 1958 al Centro de Investigaciones Biológicas, ubicado en el número 144 de la calle de Velázquez y hoy en la Universidad Autónoma de Madrid.

En 1953 fue nombrado miembro de la Real Academia de Bellas Artes y en 1956 leyó su discurso de recepción: *El Toledo del Greco*. Ese texto lo publicó ampliado como libro: *El Greco y Toledo (A Mabel Marañón de Burns, a Tom Burns, en Inglaterra: Dedicada esta historia de una gran aventura española, su padre G.M.)* Marañón sostenía ahí que "hay que partir, para explicar la creación del Greco, de su misticismo... El viajero juvenil de Creta a Venecia, el de los caminos inseguros de Italia, el de la travesía mediterránea... quedó, como tantos otros, preso de la fascinación de Toledo... fascinación dura, a veces angustiosa y, por eso mismo inexorable... Y allí vivió obstinadamente, y allí quiso que le enterraran, y allí se conservan sus huesos, no en un sepulcro de donde se pudieran sacar, sino deshechos y mezclados con el polvo de la Historia y de los siglos..."

Por otra parte, en esos años también escribió algún artículo en la prensa argentina criticando la falta de generosidad del Régimen de Franco. Y, como había hecho en 1935 con Pío Baroja, en mayo de 1957 contestaba al discurso de ingreso en la Real Academia de otra gloria de nuestras letras: Cela.

Y final

Marañón sufrió un accidente cerebrovascular en octubre de 1957. Pudo recuperarse y aún escribió algunos artículos, tres prólogos y dio varias conferencias. Continuó yendo al Hospital General hasta finales del 59 y pasando los fines de semana escribiendo en el Cigarral, donde siempre disfrutó con la

puesta del sol. Tal vez recordara entonces las visitas de Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Marie Curie, Fleming, Maurois, Cocteau, Steinbeck... y el recital de *Bodas de Sangre* que García Lorca dio allí una memorable tarde de 1933. Era consciente de que perdía facultades y pensó en descansar. Y bien sabía que, como él mismo había dicho, “descansar es empezar a morir”. Dictó su última carta el 26 de marzo, dirigida a don Ramón Menéndez Pidal: “... mi ausencia de la Academia es quizá el sacrificio que más me cuesta, pero espero que, poco a poco, me iré restableciendo y podré volver a sentarme entre ustedes...”.

Gregorio Marañón y Posadillo, médico, se adentró en “el mar sin orillas” en su casa de Madrid en la tarde del domingo 27 de marzo de 1960. Pocas veces en la Historia de España el pueblo llano ha tenido una sensación tan grande de orfandad colectiva.

Epílogo

Estas páginas sólo son un bosquejo de la biografía y la obra de un gran español. Su vida fue un modelo de trabajo y generosidad. Y en cuanto a su obra, deliberadamente hemos evitado adjetivarla, porque cuando aquélla alcanza tamaña dimensión lo sensato es omitir los adjetivos. Si “el que describe queda descrito”, la vida de Marañón queda descrita mil veces en las páginas de sus libros. En él nada fue, nada es, vano. Sabía quién era. No cayó en el escepticismo ni en la sumisión ideológica. No fue incondicional de nadie y, como los hombres de la Generación del 98, anheló la libertad civil, la justicia y el decoro moral del pueblo español.

Buscó la sencillez y la claridad y, por lo tanto, la verdad. En un entorno de orates, pícaros y “desocupados que se decían inquietos”, mantuvo la capacidad crítica, la sensatez y la decencia. Trabajó mientras tuvo aliento. Se inventó deberes y los obedeció. Él, que había afirmado: “sólo soy un aprendiz; aprendiz de todo...” y escrito en uno de sus prólogos que “el profesor sabe y enseña; el maestro sabe, enseña y ama”, fue maestro. Como médico fue ejemplo de conducta, soporte y referencia moral de generaciones. Tuvo voluntad de eficacia creadora y la cumplió. Fue liberal “de los del siglo XIX” y siempre antepuso la claridad y la razón al prejuicio.

En estos tiempos de incertidumbre; en esta nueva “hora grave de España”, en la que vuelve a parecer acertada la expresión de Pierre Chaunu, “la España de las negaciones”, la obra de Marañón tiene vigencia. En unos tiempos en que tantos se acercan a nuestra Historia para reescribirla o, peor, envenenarla, Marañón se aproximó a ella para estudiarla, comprenderla, asumirla y acercarla desde la perspectiva de la biología, la comprensión de los hombres y la generosidad. No hallaremos una brizna de soberbia, envidia ni oscuridad en las páginas de sus libros. Unas páginas que desprenden en cada línea el aroma del talento y la sensatez. Si, como escribió, “lo importante es el camino, y el verdadero fin nunca llegar”, sus libros son un excelente camino hacia el hombre y la libertad. Ahí están.



Figura 6. Toledo ocupó un lugar fundamental en la vida y obra de Marañón (©Dliff).

Bibliografía

- Gómez Santos M. *Gregorio Marañón*. Barcelona: Editorial Plaza y Janés. 2001.
- Lain Entralgo P. *Gregorio Marañón. Vida, obra y persona*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe SA, Colección Austral, número 1470. 1966.
- Marañón G. *Obras completas*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe SA. 1966-1977.
- Pérez Gutiérrez F. *La juventud de Marañón*. Madrid: Editorial Trotta. 1977.
- VVAA. *Marañón, Actualidad anticipada. Homenaje ofrecido por la Universidad Complutense con motivo del primer centenario de su nacimiento*. Madrid: Eudema. 1988.
- VVAA. *Revisión de la obra médica de Marañón*. Fundación Gregorio Marañón. Ciudad Real: Ediciones Puertollano. 2003.